

ida vitale

POEMA

*Aún no resueltos la naturalidad
y el asombro,
sin terminar de entender
dónde está el pequeño sur,
el pequeño norte,
y el giro fijo del aura tenebrosa
sobre La Habana limpia;
sin haberme ganado el sabor
de la leche gloriada,
después de algunos rígidos comienzos de capítulo
que iban a desplegarse como la cola
del pavo real cuyas plumas me llevo,
voy a tener que irme.
La ola bruñida embiste y se somete
por sobre el malecón
ambiguamente.
Se abre el ojo del sol
y para siempre
entre parágrafos de oro.
—Algún día va a haber invierno—
todos inventan con afecto.
Repuesta apenas
de lo ágil, de lo victorioso,
de lo honesto,
de la inevitable ternura consiguiente,
tengo que cejar en mi invasión subterránea.
Tengo que devolver Cuba a los cubanos.*



*Los
mangos
de
Cain*



abelardo estorino

LOS MANGOS DE CAÍN

«Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; mas no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya.»

La escena: Un semicírculo formado por columnas que se elevan para sostener una cúpula de cristal. Son columnas de hierro, altas, delgadas, cuyos capiteles se convierten en ramas, en hojas, en frutos, casi vegetales. Los dibujos de los capiteles se transparentan en la cúpula para crear la impresión de un bosque de hierro y cristal. Entre las columnas, mamparas del mismo estilo convierten la escena en una terraza «art nouveau». En el centro de la escena una gigantesca serpiente disecada se enreda en una columna-árbol. A la derecha un sillón de madera torneada; a la izquierda un atril sobre el cual hay un voluminoso diccionario. Un cuadro al óleo (¿Lucas Cranach?) de Adán y Eva. Arcas.

Los personajes estarán vestidos según la moda de principios del siglo XX: sombreros, cuellos duros, botines, bombachos para los muchachos.

Personajes:

ADÁN: 45 años, barrigón, bigote espeso; grandilocuente.
 EVA: 30 años; todo lo aprendió con la serpiente.
 CAÍN: 17 años.
 ABEL: 16 años.

ACTO UNICO

Caín entra corriendo (el pelo rebelde sobre la frente, la camisa abierta) mirando hacia atrás para asegurarse de que no lo siguen. Trae una canasta con mangos que coloca en el suelo. Se sienta en el sillón. Tiene en las manos una «quijada de burro», la hace sonar, impaciente. Mira la canasta, luego la serpiente, se levanta y deposita la canasta frente a ella.

CAÍN. —¿Vas a hablar?

(Vuelve hacia el lugar por donde entró, mira hacia afuera, regresa hasta la serpiente y se arrodilla.)

CAÍN. —¡Habla! A mí puedes hablarme sin temor. Ahora estoy convencido de que soy como tú, como dice mamá que tú eras. El no se va a enterar, nadie se

va a enterar porque no voy a decírselo a nadie. Esto quedará entre tú y yo, será un secreto compartido del que nos regocijaremos íntimamente. (*Vuelve a la puerta para mirar hacia el exterior.*) Ellos se demoran, se han quedado conversando a la salida, como todos los domingos y después regresarán en coche, dando un rodeo, como siempre: su paseo del domingo. El domingo es el día del paseo, el día del descanso, el día del arroz con pollo. Háblame, por lo que más quieras, mira que estoy necesitado de saber. Y no tengo a quien preguntarle. Sólo me quedas tú, sólo confío en ti, que sé que hablaste una vez. Y te debo la vida. A veces siento que tú eres mi verdadero padre. Si no hubiera sido por ti ¿dónde estaría yo? Tú hablaste, convenciste a mamá y le entregaste la fruta. Mamá lo dice, que se herizó cuando le hablaste y le descubriste todo lo que podían hacer. Después ella se herizó otra vez cuando estuvo con papá y entonces nació yo. ¿No nació de esos escalofríos que tú provocaste y enseñaste a disfrutar? Eres desconfiada. Estás siempre ahí mirándome y mirándome, parece que quieres decirme algo y no hablas. Ahora lo necesito más que nunca. ¡Si supieras lo que ocurrió! No se lo voy a perdonar, eso sí que no se lo voy a perdonar. No seré lo que ellos quieren que sea aunque me convierta en piedra. Di algo, di cómo puedo vencerlo, cómo puedo vencerlos. Ya no los aguanto más: con sus horarios, precisos hasta el segundo, para no cumplirlos; sus palabras correctas, en público, los coños en la intimidad; sus buenos días, sus champolas de guanábana, sus helados de tamarindo. (*Insultándola.*) ¿Dónde está la fuerza que te daba tu sabiduría? Si no hablas voy a cortarte en rueditas.

(*Entre las columnas se ha visto llegar a Abel. Se oculta detrás de una de ellas y espía a Caín, oye sus últimas palabras, después se acerca riendo.*)

- ABEL. —¿Ya estás otra vez en lo mismo? Pierdes el tiempo.
 CAÍN. —Si dices algo, te parto la crisma con esto (*señala la quijada de burro que tiene en la mano.*)
 ABEL. —(*Riendo.*) Se lo digo a papá.
 CAÍN. —(*Imitándolo.*) Se lo digo a papá.
 ABEL. —(*Amenazante.*) Tú verás que se lo voy a decir.
 CAÍN. —Atrévete. Le digo que fuiste conmigo hasta la puerta, te juro que se lo digo.
 ABEL. —No jures en vano.
 CAÍN. —Juro y rejuro que le tiramos piedras a los querubines.
 ABEL. —Fuiste tú.
 CAÍN. —¿Quién me alcanzó las piedras?
 ABEL. —Pero no tiré.
 CAÍN. —Gatica de María Ramos.

(*Se oye el ruido de un carruaje, trote de caballos. Caín corre hasta la puerta.*)

- CAÍN. —No digas que me viste porque te va a costar caro. (*Se va.*)

(*Abel hojea el diccionario. Entran Adán y Eva. Ella trae un enorme sombrero con velo. Se lo quita.*)

- EVA. —No sé para qué estrenarme un sombrero, si no hay nadie para celebrármelo. En fin...
 ADÁN. —(*A Abel:*) ¿Dónde está tu hermano?
 ABEL. —(*Va a contestar. Se oye el sonido de la quijada de burro.*)
 —No sé. ¿Soy yo guardián de mi hermano?
 ADÁN. —(*A Eva:*) ¿Ves lo que te digo? Esas son palabras de su hermano, que le mete en la cabeza ideas de desobediencia. (*Se detiene, pensativo, se dirige al diccionario.*) Meter en la cabeza, meter... ¿Será correcta esa expresión? Deja ver... (*Hojea el diccionario.*) Meta, meta, metano, meteco, metemueños, meter. Meter: del latín mittere, introducir. ¡Perfecto! (*Recapacita.*) ¡No! Es mejor inculcar... Inculcar ideas de desobediencia.
 EVA. —(*Acercándose a una planta:*) Adán, mira esta areca. ¿No te recuerda aquella que sembré en el Paraíso? Fíjate qué fondosa se ha puesto. Abel, tráeme la regadera.
 ABEL. —Sí, mamá. (*Sale.*)
 ADÁN. —Deja la areca y atiéndeme.
 EVA. —Voy a regarla un momento. Hoy por la mañana se me olvidó y si lo dejo para luego...
 ADÁN. —Tú eres la culpable de toda esta epidemia de desobediencia.
 EVA. —Sí, es muy fácil echarme la culpa. ¿Caín no es hijo tuyo también?
 ADÁN. —Pero tú lo has malcriado.
 EVA. —Te empeñaste en que fuera agricultor, pues ahí lo tienes. Quién sabe las cosas que aprende cuando está solo en el campo.
 ADÁN. —Qué va a aprender en el campo. No hay nadie en miles de leguas a la redonda.

(*Abel regresa con la regadera.*)

- EVA. —Cuando se quiere aprender, se encuentra dónde.
 ADÁN. —O se pone uno a dialogar con las serpientes.
 EVA. —No hables así delante del niño.
 ADÁN. —Me temo que ya no son tan niños. Mira lo que ha hecho el mayor. ¿Dónde se habrá ocultado?
 EVA. —Se demora por ahí.
 ADÁN. —¿Por ahí por dónde? ¿El no sabe que hoy es el día del descanso? ¿No sabe que debe estar en su casa, con sus padres? ¿Qué se cree?...
 EVA. —No grites delante de los muchachos. Les enseñas malas costumbres y después te quejas. ¿Qué pensarán los vecinos?
 ADÁN. —¿Qué vecinos?
 EVA. —Los querubines de la posta. Siempre tienen la oreja parada para irle después al Señor con el cuento.
 ADÁN. —¿Qué van a decir? Me preocupo por la educación de mis hijos, porque sean obedientes y cumplidores. Y ese muchacho me sale con una insolencia delante del Señor. El primogénito, el que debía ser ejemplo...
 EVA. —El pobre muchacho tenía... (*Mira hacia arriba. Muy bajito.*) ...tenía razón.
 ADÁN. —¿Ves como lo defiendes?
 EVA. —No lo defiendo. Sé que debería ser más humilde, pero...

- ADÁN. —El Señor me lo ha dicho: si nos comportamos bien, si trabajamos, si no discutimos nada y nos olvidamos de lo que ese reptil te enseñó, nos permitirá trabajar en la otra finca.
- EVA. —(Entusiasmada.) ¿Nos va a dar otra vez el Paraíso?
- ADÁN. —No. La que está al otro lado.
- EVA. —(Desencantada.) ¡Ah! Allí sí se daban bien las plantas. Aquí por más que las riego...
- ADÁN. —Olvida esas ideas. ¿Viste como se encolerizó? Tronando y echando fuego por los ojos. Y con razón.
- EVA. —Eso se le pasa. Cuando lo nuestro vino con la espada de fuego y todos aquellos truenos y después... lo único que hizo fue dejárnosla aquí (señalando a la serpiente) para que tuviéramos siempre presente el momento del mal paso.
- ADÁN. —Pero nos expulsó de allí. Y ahora tengo que trabajar de sol a sol y entregarle la ofrenda cada domingo. ¡Y todo por estar haciendo amistad con quien no debes! Y mira que te lo dije: no te conviene, esa amistad no te conviene. Nada más que de verla arrastrarse se le notaba que no era buena gente.
- EVA. —¿Cómo iba a creerte? Siempre tuviste tantos prejuicios.
- ADÁN. —Jamás he tenido prejuicios. Pero hay que darse cuenta que una serpiente es una serpiente y saber darse su lugar.
- EVA. —Si no llega a ser por ella estaríamos solos en el mundo, aburriéndonos uno frente al otro.
- ADÁN. —(A Abel:) ¿Niño, no tienes nada que hacer?
- ABEL. —Sí, papá. Voy a darle una vuelta a la oveja que parió ayer. ¡Están lindos los hijos! Tuvo tres, el primero está un poco débil, pero los otros... ¡da gusto verlos! Tengo que ver si tienen agua porque yo creo que anoche...
- ADÁN. —Sí, sí, está bien. Haz lo que tienes que hacer. (Abel sale.) ¿Quién es quien se pone a hablar de lo que no debe delante de los muchachos? Por eso después nos pierden el respeto. Y no dudaría que alguno de ellos, o sus hijos o sus nietos o quien sea, se ponga a escribir la historia y cuente cómo me engatuzaste utilizando como señuelo una manzanita. Y cuando les da por escribir, ya se sabe, dicen lo que piensan sin consultar con nadie y no respetan los más oscuros secretos de familia.
- EVA. —No creo que a Abel le dé por escribir. Está demasiado preocupado con las cabras y las ovejas.
- ADÁN. —Sí, por suerte cumple con su trabajo. ¿Pero qué me dices del primogénito? Lo quiere saber todo. Se va hasta la puerta del Paraíso y le hace preguntas a los querubines que están de guardia. Ya dos veces han tenido que sacarlo de allí a punta de espada flamígera. Se pone a mirar los animales y estudia sus costumbres. Ayer vino a decirme que las abejas están mejor organizadas que nosotros. Sólo habla de aprender y aprender.
- EVA. —Te molesta porque se parece a mí. Cuando Abel habla hasta por los codos no te incomodas, pero cualquier cosa que el otro muchacho haga ya estás poniendo el grito en el cielo, para que después se aparezca el Señor a enjuiciar la situación.
- ADÁN. —El Señor puede hacerlo. Tiene experiencia.

- EVA. —¿Experiencia? (Casi un susurro.) ¿Qué experiencia, Adán, si ayer mismo acabó de hacer el mundo?
- ADÁN. —De todos modos le estoy muy agradecido.
- EVA. —Porque eres muy guataca.
- ADÁN. —Guataca, guataca... (Busca en el diccionario.) Guataca, femenino, cubanismo, familiar: dicese de la oreja grande y fea. Especie de escardillo. No veo relación ninguna y no comprendo tu frase.
- EVA. —Pero yo sé muy bien lo que quiero decir. Puedo usar la lengua de una manera novedosa.
- ADÁN. —Esa lengua, esa lengua te va a hacer famosa.
- EVA. —(Entusiasmada.) ¿Tú crees? (Un mohín.) No, no. Si acaso me hará famosa ese retrato.
- ADÁN. —Ya es hora de que lo quitemos de ahí. Los muchachos están muy crecidos y tu desnudez puede alterarlos.
- EVA. —¿Celoso?
- ADÁN. —No sé por qué. Ya no te pareces en nada a eso.
- EVA. —¡Ah, no! ¿Quieres comprobarlo? (Comienza a zafarse la ropa. Caen un rayo.)
- ADÁN. —¿Lo ves? (Adán corre hacia ella y le abrocha los botones.) Imprudente. Sabes muy bien que eso es lo que más le molesta.
- EVA. —Pero en qué quedamos. ¿Somos o no somos libres?
- ADÁN. —Somos libres dentro de ciertas leyes. Y hay una ley que se opone al nudismo.
- EVA. —Una ley que hiciste tú. El nunca dijo nada. Pero en cuanto te comiste la manzana te pusiste el taparrabos y anduviste siempre con él. Claro, se acostumbró a verte así y lo convirtió en ley. Y desde entonces hemos ido aumentando los trapos. Y fijate como ando, que me muero de calor con este cuello.
- ADÁN. —Mira quien habla. Te encanta la trapajería.
- EVA. —Sí, pero no para cubrirme. Y hay que ver como resolvemos el problema de los muchachos; tienen unas orejas que les llegan hasta aquí. Hay que casarlos cuanto antes.
- ADÁN. —¿Y dónde conseguiremos las mujeres? Yo no doy ni una costilla más.
- EVA. —¿Tendré que sacrificarme?
- ADÁN. —Eso te encantaría, pero ni lo pienses. Este problema de sus bodas es un asunto que quedará sin solución durante mucho tiempo.
- EVA. —Pues hay que ir pensando en algo. ¿Qué podremos hacer? (Pausa.) Mejor me pongo a terminar el almuerzo que después empiezas a pelear porque el pollo no está blando. ¿Por qué no traes una jarra de agua fresca para el almuerzo?
- ADÁN. —Bien sabes que hoy no se trabaja.
- EVA. —Pero por traer una jarrita de agua no se va a acabar el mundo.
- (Suena un trueno.)
- ADÁN. —Ahí lo tienes.

- EVA. —¿Cuándo se irá a dormir la siesta, para poder hablar con libertad? En estos días está insoportable, tiene oído de tuberculoso. Por eso la cogió con el pobre muchacho.
- ADÁN. —¿Y ése no pensará regresar?
- EVA. —¿Por qué no vas a buscarlo, el pobre? Tú sabes lo sensible que es. Debe estar lloriqueando por algún rincón.
- ADÁN. —Lloriqueando de rabia. No he visto muchacho más soberbio.
- EVA. —Búscalo y consuélalo. Dile que el Señor lo va a perdonar.
- ADÁN. —Tú sabes bien que no lo va a perdonar.
- EVA. —Pero una mentira... *(Mira hacia arriba.)* Está bien, dile la verdad. Dile que no lo va a perdonar y que el domingo que viene tendrá que entregarle una ofrenda mayor. Pero consuélalo. *(Llama.)* Abel... *(Entra Abel.)* Acompaña a tu padre.
- ABEL. —Hasta luego, vieja.
- EVA. —*(Cuando ya están saliendo.)* ¡Ah!, oye, Adán, si encuentras de esas se millitas que trajiste el otro día... ¿cómo dijiste que se llamaban?
- ADÁN. —Pimienta.
- EVA. —De esas mismas. Si encuentras, tráeme. La verdad que te hicieron mucho bien, a tu edad parece que son necesarias. *(Se van.)*

(Eva se quita los zapatos. Va frente a un espejo y comprueba si tiene arrugas alrededor de los ojos. Se suelta la trenza, se abre el cuello del vestido y se contempla extasiada, con las manos en la cintura. Satisfecha de lo que ve, se dirige canturreando hacia el interior. Aparece con un mortero y comienza a machacar algo. El ritmo del mortero parece de vals. Ella lo percibe. «Cun pan pan, cun pan pan, qué bonito» dice. Comienza a tararear una melodía con ese ritmo. Se pone de pie y baila. «Me gusta, se lo voy a enseñar a Adán cuando regrese.» Pero Caín aparece y queda maravillado viéndola bailar, se une a ella tomándola por la cintura y bailan. Apoteosis del vals. Eva cae riendo en el sillón, Caín a sus pies.)

- CAÍN. —*(Apasionado, señalando el retrato.)* ¿Todavía eres así?
- EVA. —*(Con coquetería.)* ¿Qué tú piensas?
- CAÍN. —Me hubiera gustado conocerte allí, en aquel lugar.
- EVA. —Naciste después que nos mudamos.
- CAÍN. —No debían haberse mudado nunca, me gusta ese lugar.
- EVA. —A mí también me gustaba, pero nos desahucieron.
- CAÍN. —¿No podremos volver?
- EVA. —Tú sabes bien que han puesto una guardia en la puerta.
- CAÍN. —Conozco un lugar donde la cerca estaba rota. Entré una vez, cuando era muchacho.
- EVA. —*(Riendo.)* ¿Y ya no eres un muchacho?
- CAÍN. —Si tú quieres podemos ir un día, tal vez no la hayan arreglado. Iremos tú y yo solos, nadie se enterará. Y puedes llevarme allí, donde está el árbol en que hablaste con ella. *(Se refiere a la serpiente.)*
- EVA. —¿Quién te dijo que hablé con ella?
- CAÍN. —Lo oí una vez.
- EVA. —Esas son cosas que no debías saber.



LOS MANGOS DE CAÍN

- CAÍN. —Ya no necesito el biberón.
- EVA. —Ni la pimienta.
- CAÍN. —¿Cómo?
- EVA. —Nada, nada. ¿Cómo te enteraste?
- CAÍN. —¿De qué?
- EVA. —De mi conversación con ella.
- CAÍN. —Fue aquella noche que estaba tan bravo.
- EVA. —¿Quién, papá?
- CAÍN. —No, el Señor. Estaba bravo porque papá y tú se habían ido a correr bajo la lluvia ¿te acuerdas? Yo los había visto corriendo, desnudos. Estaba en la ventana de mi cuarto y te vi. ¡Lucías tan linda con el pelo mojado! Te miraba correr y pensaba que cuando creciera iba a correr igual, contigo,

- bajo la llovizna. Pero El vino, molesto. Tronó mucho y dijo que era indecencia, correr así, de noche, una mujer que tenía dos hijos y una casa que atender.
- EVA. —Y no lo he vuelto a hacer. Hay tantas cosas que ya no hago.
- CAÍN. —Te hizo llorar. Me molestó que te hiciera llorar por una bobería como ésa: correr bajo la lluvia.
- EVA. —Pero estábamos desnudos.
- CAÍN. —¿Y qué? ¿No estabas desnuda siempre cuando vivías allí?
- EVA. —Era distinto, allí no me daba vergüenza. Fue tu padre quien me enseñó a ser decente, así dice él. Y me dio aquella hoja con la que estoy en el retrato.
- CAÍN. —Aquella noche no podía dormirme. Me fui hasta tu cuarto y oí tu conversación con papá. Y hablaban de ella. Y le decías que ella también te había enseñado a correr desnuda. Entonces hablaron de la primera vez y de la manzana y todo eso.
- EVA. —¿Se lo contaste a Abel?
- CAÍN. —No. No le interesa. Sólo piensa en sus ovejas. A veces le digo que venga conmigo, que venga de noche para ver las estrellas. Y no viene. En el campo se ven mejor, ya las voy conociendo, puedo ver como se mueven...
- EVA. —Cuando vivíamos allá, a veces me parecía que podía tocarlas con las manos.
- CAÍN. —¿Cómo era la vida allí?
- EVA. —(Se echa hacia atrás en el sillón y enlaza los brazos sobre la cabeza.) Yo tenía el portal lleno de macetas; las colgaba del techo y las plantas crecían hasta el suelo. ¡Era una vida buena! No hacía calor, no recuerdo haber sudado nunca. Claro que yo no usaba tanta ropa. Tu padre y yo caminábamos horas y horas. (Eva toma a Caín de la mano, comienzan a caminar alrededor de la columna-árbol.) ¡Qué frutas! Los mangos eran tan dulces que debían haberlos llamado ambrosía. Pero entonces no teníamos un buen diccionario. Las noches eran claras... dormíamos en la yerba...
- CAÍN. —¿Y la fruta, a qué sabía?
- EVA. —(Se detienen junto a la serpiente.) Aquel día yo sentía un poco de hastío. Ya conocíamos todas las bestias, todos los pájaros, todos los árboles. No había lugar para las sorpresas. De pronto empezó a correr un aire que agitaba un mechón de Adán sobre su frente. (Eva acaricia los cabellos de Caín. Comienza a oírse una música de flauta. Eva extiende la mano como alcanzando la fruta, la entrega a Caín. Los dos se llevan las manos a la boca y permanecen frente a frente, mirándose durante un rato. Cesa la música.)
- CAÍN. —Por eso quiero ir, quiero entrar y verlo todo, vivir allí como ustedes vivían, comer la fruta...
- EVA. —No pienses en eso, tal vez lo recuerdo tan bello porque ya no vivimos allí. Después de todo era un poco aburrido, desde entonces hemos aprendido algunas cosas muy entretenidas.
- CAÍN. —Quiero probar la fruta.
- EVA. —No, eso me traería muchas complicaciones.
- CAÍN. —No puedo pensar en otra cosa. A veces vengo y le hablo (a la serpiente) pero no me hace caso. Sueño con ella. Viene hasta mi cama y me habla al oído. Me dice la forma de entrar, me enseña una puerta secreta y me da

un arma para eliminar a los querubines. Me dice cómo fabricar una casa debajo del manzano. En el sueño todo lo veo muy claro y soy feliz. Pero cuando despierto ya no recuerdo donde está la puerta secreta, ni con qué armas podría deshacerme de los querubines. Sólo me queda, muy vaga, la sensación de lo feliz que era. Y comprendo.

- EVA. —Sueñas demasiado.
- CAÍN. —También sueño contigo, así, como estás en el retrato.
- EVA. —No sueñes eso, te estás poniendo flaco.
- CAÍN. —Lo sueño, lo sueño casi todas las noches.
- EVA. —No puedes, no debes soñar eso.
- CAÍN. —Yo no mando en los sueños.
- EVA. —Hay que hacer algo para evitarlo.
- CAÍN. —Nadie puede quitarme los sueños.
- EVA. —Voy a hablar con tu padre.
- CAÍN. —Estas cosas son sólo para nosotros. Si papá se entera se lo dirá al Señor y me pedirá ofrendas. No hace más que pedir y después cuando le llevo mis mangos no los acepta. Quiere ovejas, ovejas blancas, ovejas tiernas, ovejas gordas, lanudas. Quiere degollar ovejas y llenarse las manos de sangre.
- EVA. —Incuestionablemente, como diría tu padre, has crecido demasiado. Hay que evitar esos sueños.
- CAÍN. —¿Por qué necesita matar tantas ovejas? ¿Qué le han hecho las ovejas? ¿Por qué no le gustaron mis mangos?
- ADÁN. —(Entrando, acompañado de Abel.) Porque no había regocijo en la acción de dar. Es una respuesta incuestionable.
- CAÍN. —Eso es mentira.
- EVA. —No se dice mentira.
- CAÍN. —Eso es incierto: Lo que doy, lo doy de corazón.
- ADÁN. —No basta, él es tu creador, le debes obediencia y humildad. Y tienes que obedecer, porque ése es tu deber.
- EVA. —Y mi deber es hacer el almuerzo.
- ADÁN. —El nos ha dado esta tierra y tiene derecho a exigir.
- EVA. —Yo exijo que Caín me ayude a preparar el almuerzo.
- ADÁN. —No interrumpas, esto es demasiado serio. (Eva sale.) Exige porque es exigente consigo mismo.
- CAÍN. —El no trabaja.
- ADÁN. —A ti no te importa, para eso es el dueño.
- CAÍN. —Pues que ponga a trabajar a los ángeles.
- ADÁN. —¡No te he dicho mil veces que los ángeles no pueden!
- CAÍN. —¿Por qué no, son mejores que nosotros?
- ADÁN. —Tienen mucho que hacer. ¿Tú crees que es poca cosa fabricar miles de arpas y dar clases de canto y ensayar para los coros? ¿Qué quieres, que los himnos de alabanza salgan desentonados?
- CAÍN. —Pues si son desentonados, que no canten.
- ADÁN. —Atiéndeme bien, muchacho, no lo tergiverses todo. Los ángeles no son desentonados, jamás se me ocurriría decir semejante cosa. Pero tienen que ensayar.

- CAÍN. —No me gustan los himnos que cantan.
 ADÁN. —¿Y desde cuándo eres crítico musical? ¿Por qué no atiendes mejor tus asuntos y te estás tranquilo?
 CAÍN. —Yo le llevé una ofrenda tan buena como la de Abel. ¿Por qué no le gustó?
 ADÁN. —El tiene derecho a escoger.
 CAÍN. —Yo le llevé lo mejor que tenía.
 ADÁN. —El sabe lo que quiere.
 CAÍN. —Unos mangos que daban ganas de comérselos con cáscara y todo.
 ADÁN. —El sabe lo que come.
 CAÍN. —Y me desairó.
 ADÁN. —El sabe lo que hace.
 CAÍN. —Y yo también.
 ADÁN. —¡Oh!, blasfemia. ¿Vas a ponerte a su altura?
 CAÍN. —Yo sé muy bien lo que quiero.
 ADÁN. —Pues mientras vivas en esta casa, haces lo que El quiera.
 CAÍN. —No tengo que obedecer a nadie. Mamá habló con ella y...
 ADÁN. —¿Quién te dijo eso? (*Llamando.*) Eva, Eva... ¡Ya sabía yo! (*Eva aparece.*) ¿No te dije que hablabas más de la cuenta?
 EVA. —Prejuicios contra mi sexo. (*Se va.*)
 CAÍN. —Ella no me dijo nada, yo me enteré.
 ADÁN. —¿Cómo?
 CAÍN. —Lo oí.
 ADÁN. —Siempre oyendo detrás de las puertas.
 CAÍN. —¿Qué quieres, que sea un idiota como mi hermano?
 ABEL. —¿Lo ves, papá? Siempre me está insultando.
 ADÁN. —(*A Abel.*) Cállate tú. (*A Caín.*) Ojalá fueras como tu hermano, que ha obtenido la gracia del Señor y por su bondad nos ofrece bienaventuranzas. Nos gusta el orden. Me gusta el orden y la tranquilidad, comer a mis horas, tomar mis pastillas de carbón para los gases y vivir sin inquietudes. A eso aspiro y no voy a permitir que te pases la vida haciendo preguntas ociosas. Grande es tu iniquidad, tu envidia, tus mentiras.
 CAÍN. —No. Tú estabas loco por comer de la fruta, pero no te atrevías. Tuvo que venir mamá y convencerte. Nunca te atreves a nada, siempre esperas que te dicten lo que tienes que hacer.
 ADÁN. —(*Muy orgulloso.*) Y después lo hago bien.
 CAÍN. —¿Y qué mérito tiene eso?
 ADÁN. —¿Cómo no va a tener mérito? Los trabajos de encargo son siempre importantes. ¿Si fueras zapatero y te encargaran un par de zapatos no estarías orgulloso de que el cliente quedara satisfecho?
 CAÍN. —No. Estaría orgulloso de inventar algo para los pies que no fuera tan cómodo como los zapatos. Unas sandalias.
 ADÁN. —(*Escandalizado.*) ¿Sandalias? Este muchacho va a acabar con mi paciencia. Se ve que andas muy mal, por eso no creo que tu ofrenda fuera hecha con gusto. ¿Por qué te molestaste? ¿Por qué lo insultaste y le gritaste?
 CAÍN. —Porque no entendí su actitud.

- ADÁN. —Nosotros no hemos tratado de entenderlo. ¿No es así, Abel?
 ABEL. —Sí, papá.
 CAÍN. —Yo no puedo obedecer sin saber por qué obedezco.
 ADÁN. —Ven acá, hijo mío, que estoy tratando de no alterarme. ¿Qué es lo que quieres comprender?
 CAÍN. —Quiero comprender... ¡todo!
 ADÁN. —El es Omnipotente, Dueño y Señor de las tierras y las aguas, de todas las lunas y los vientos. ¿Puedes tú en tu pequeñez, tratar de comprender un ser así? El no necesita de tu comprensión.
 CAÍN. —¿Entonces para qué me creó?
 ADÁN. —Necesita tus ofrendas. ¡Ah!, y tus alabanzas. ¿Tú entiendes eso, Abel?
 ABEL. —Sí, papá.
 ADÁN. —¿Ves? El lo entiende, no es idiota.
 CAÍN. —Bien, vamos a aceptarlo: yo me ocupo de la agricultura, Abel de la ganadería; él le ofrece sus ovejas, yo los mangos. ¿Por qué no los acepta?
 ADÁN. —Yo no sé.
 CAÍN. —¿Y yo debo conformarme con esa respuesta?
 ADÁN. —Todos estamos conformes. El nos ha dado la finca y...
 CAÍN. —Te expulsó del Paraíso.
 ADÁN. —Porque cometí un error.
 CAÍN. —(*Gritando.*) Es que yo considero que no fue un error.
 ADÁN. —(*Gritando.*) No me grites. No permito que se levante la voz en esta casa. (*Conteniéndose.*) Es un error desobedecer a quien te lo da todo.
 CAÍN. —Es humillación doblegarse ante quien te lo da todo.
 ADÁN. —Eres demasiado joven. No, no debe ser cuestión de juventud. ¿Qué será lo que te pasa? Mira a tu hermano, mucho más joven, pero más consciente. Tiene la gracia del Señor y tendrá todo lo que quiera.
 CAÍN. —Yo quiero el Paraíso, no me conformo con menos.
 ADÁN. —Pues vas a ser infeliz. Estarás siempre luchando contra los demás, a quienes no les interesa el Paraíso, sino las ovejas y los mangos. Yo soy tu padre y quiero para ti una vida tranquila. Y te ofrezco la manera de encontrarla: sigue cultivando tus mangos, procura que cada vez sea mejor la cosecha y vuelve a ofrecerlos. Cuando él los considere aceptables te sentirás orgulloso. Entonces tendrás su gracia. Abel vive con el sosiego de saber que es aceptado y su mirada es tierna y tranquila. Mírale a los ojos. Mírale a los ojos y verás que vive en paz, como sus ovejas. Tú interrogas a la serpiente para saber lo que no debes.
 CAÍN. —¿Quién te lo dijo?
 ADÁN. —Tu hermano que es un buen hijo y sabe cuánto daño te hace revolverte inútilmente contra lo que todos estiman que es correcto.
 CAÍN. —(*A Abel.*) Te voy a romper la crisma.
 ADÁN. —¿Cómo dijiste? Busca esa palabra en el diccionario y léeme su significado.
 CAÍN. —¿Qué palabra?
 ADÁN. —Crisma. A lo mejor estás usando un barbarismo y yo sin enterarme.

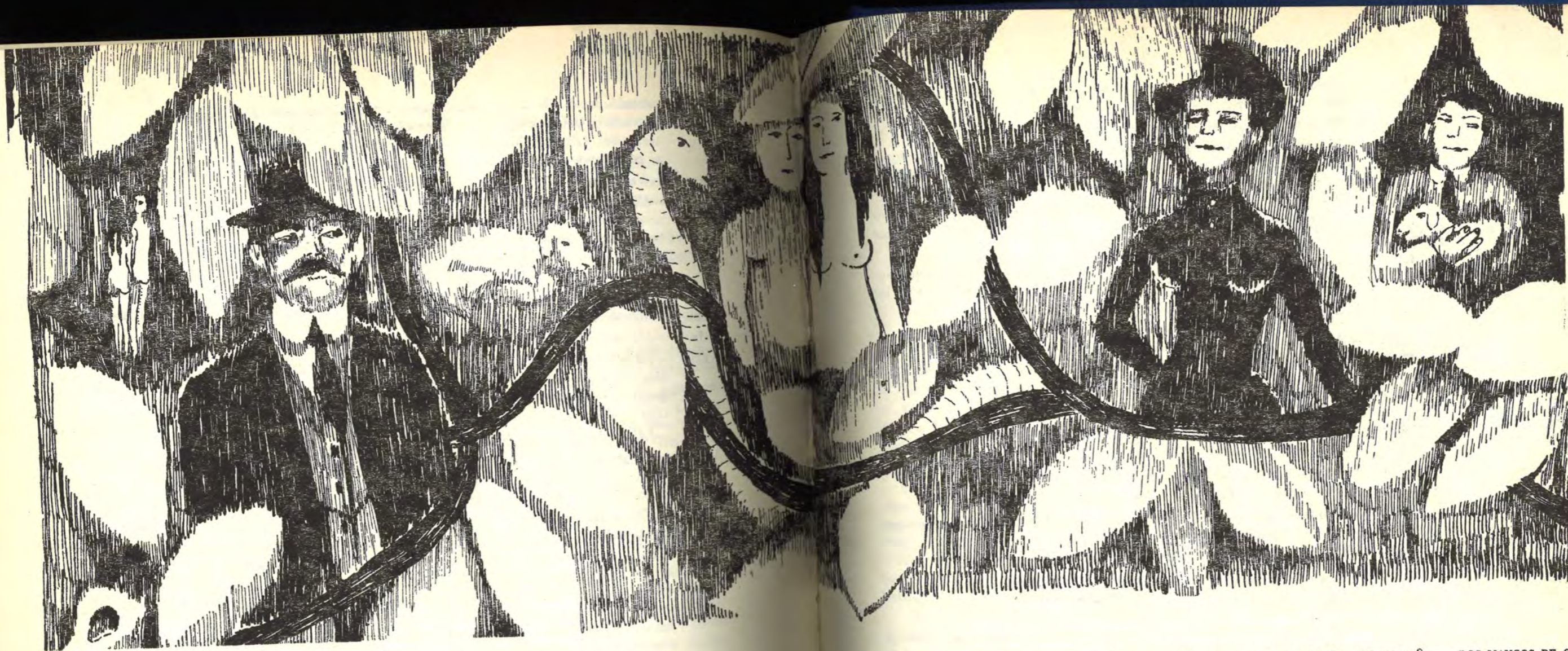
- CAÍN. —(Buscando en el diccionario.) Craso. (Mira a Adán.) Creador. (Mira hacia arriba.) Cretino. (Mira a Abel.) Crimen, criminal, criminalidad, criminalista, criminalmente...
- ADÁN. —Sigue, sigue, no te detengas ahí.
- CAÍN. —Cri, crisis, crisma. Crisma: aceite consa... (Murmura el resto de la frase.) Figurado y familiar. La cabeza donde se aplica la crisma; romper a uno la crisma.
- ADÁN. —Está bien. Aunque aparezca en el diccionario no la uses más. Tu hermano cumplió con su deber y seguirá cumpliéndolo. ¿No es así, Abel?
- ABEL. —Sí, papá.
- ADÁN. —Abel, no es necesario que digas siempre así. Usa tu cabeza. Ahí está el diccionario, puedes emplear otras frases: ciertamente, desde luego, por supuesto. Busca sinónimos y evitarás la monotonía. (Pausa.) Caín, hijo mío, fíjate que no me altero, pero prométeme que cambiarás y que de ahora en adelante serás un hombre y dejarás esas pequeñas rebeliones adolescentes que no conducirán sino a tu destrucción. El Señor lo ha dicho: aquel que desobedezca será expulsado, será errante y extranjero en la tierra. ¿Es ésa la vida que prefieres? ¿Vagar solo por el mundo? Olvida tus ideas y verás que puedes conseguir la serenidad. No, no me contestes ahora. Reflexiona y verás que tengo razón. Los padres siempre tenemos razón. Ahora, lávase las manos y vamos a almorzar. (Adán sale.)

(Caín y Abel quedan solos, se miran. Caín recoge del suelo la quijada de burro y se acerca a Abel. Abel va reculando mientras habla; Caín sin oírlo se le acerca cada vez más.)

- ABEL. —No te atrevas. No creas que te tengo miedo. No voy a huir. Mira, me quedo aquí donde estoy. Yo tengo razón. Papá está de mi parte, el Señor está de mi parte. De aquí no me muevo, ya no te tengo miedo, ningún miedo. (Grita aterrado. Huye por detrás de los muebles, Caín lo persigue. Se oye la voz de Adán que pregunta: «¿Qué pasa?» Caín agarra a Abel por el cuello, que contesta: «Me di un golpe de suegra con el sillón.» Caín lo suelta.)
- CAÍN. —¿Por qué se lo contaste todo?
- ABEL. —Me conviene tenerlo de mi parte. ¿Tú crees que consigues algo oponiéndote siempre?
- CAÍN. —Tengo que oponerme, yo aspiro a la perfección.
- ABEL. —Ahí está. Todos hablan mal de ti y con razón. Es demasiado irritante ese deseo de absoluto. ¡Ay!, no sabes vivir. Te empeñas en hablar con la serpiente que ha sido excomulgada, quieres entrar en el Paraíso, que nos ha sido negado, quieres que acepten tus mangos como si fueran fresas o melocotones.
- CAÍN. —Estoy tan orgulloso de mis mangos como tú de tus ovejas.
- ABEL. —(Se le escapa una carcajada incontinente.) ¿Tú crees que a mí me gustan las ovejas? Las odio, no hay cosa que me moleste más que oír las berreando

constantemente: bee... beeee... beee... todo el santísimo día. Pero yo sé vivir. ¿Quiere ovejas los domingos? Se las llevo y después me deja tranquilo. (Pausa.) Mirame a los ojos. ¿Qué ves? (Abel se le acerca y se para frente a él.) ¿Dime qué ves?

- CAÍN. —Veo a Caín.
- ABEL. —Mira bien. (Imitando a Adán.) Abel vive con el sosiego de saber que es aceptado y su mirada es tierna y tranquila. ¿Papá quiere que sea noble? Finjo ser noble, no me cuesta ningún trabajo. Hay que saber esperar. Cuando papá esté viejo y no pueda ocuparse de la finca, seré yo quien lo sustituya. Y entonces... ¡no volveré a mirar una oveja en mi vida!
- CAÍN. —¿Estás hablando en serio?
- ABEL. —Más serio que nunca.
- CAÍN. —(Mirando hacia arriba.) ¿No te da miedo que te oiga?
- ABEL. —(Abel saca un reloj de bolsillo.) Está durmiendo la siesta, conozco muy bien sus costumbres. (Abel pone una mano sobre el hombro de Caín.) No quiero tener problemas contigo, es más, si me ayudas, si no me pones cascaritas de plátanos, podemos compartir el poder.
- CAÍN. —(Alejándose.) No me interesa el poder.
- ABEL. —Piensa en el poder: es un carruaje de lujo tirado por seis caballos, tabacos de a peso después del almuerzo, todos tus deseos, hasta el más caprichoso, digamos un orinal de oro, convertidos en leyes. Piénsalo.
- CAÍN. —¿Qué tengo que hacer?
- ABEL. —Ir y decir que estás arrepentido. Llevar más mangos, bajar los ojos cuando te los rechacen, romper tus vestiduras en el desierto y gritar diciendo que se te parte el corazón de arrepentimiento. Sólo tú sabes lo que piensas, dirán que tu mirada es tierna y tranquila. Ven conmigo, buscaremos otros mangos y se los llevaremos. El te perdonará y entonces tendrás esa libertad de que hablas, porque se olvidará de ti y te dejará tranquilo en tu rincón. Vamos, decídetes, es cuestión de decir una pequeña mentira. No lo pienses más. Dile a papá que vamos a la arboleda a recoger más mangos, llevaremos un gran saco y lo pondremos allí sobre el altar. Después no te vigilarán y algún día tú y yo gobernaremos la finca.
- CAÍN. —Espérame en la arboleda, voy a pedirle perdón a papá.
- ABEL. —Choca esos cinco.
- CAÍN. —Más tarde. (Camina y se queda mirando la serpiente.)
- ABEL. —No va a hablar. Después del «affaire» de la manzana le cortaron la lengua. Sabía demasiado. (Abel sale.)
- EVA. —(Dentro.) El almuerzo está en la mesa. (Se asoma.) ¿Y Abel? (Viéndolo pensativo.) ¿Qué te pasa, muchacho?
- CAÍN. —Yo quería ser pastor. No me molestan los balidos de las ovejas, al contrario. Me gustó siempre deambular, correr por el campo. Papá y el Señor se empeñaron en que yo cultivara la tierra.
- EVA. —A mí me hubiera gustado ser cantante. Y ya vez, me paso los días en la cocina.



ABELARDO ESTORINO

- CAÍN. —Es bueno, me dijeron. Verás crecer las plantas, asistirás al milagro de ver la semilla convertirse en árbol, la flor en fruto. En todo eso había algo misterioso que me gustaba. No era lo que yo quería, prefería ver las ovejas copulando debajo de un árbol. Pero está bien, yo lo acepté.
- EVA. —No hay que amargarse la vida, no vale la pena.
- CAÍN. —Y no aceptó mis mangos. (Cogiendo un mango de la canasta.) ¿Qué le disgusta de este mango? ¿No es lindo el color? Tiene un aroma capaz de atraer a millones de mariposas.
- EVA. —Es tan dulce que podría chuparlo durante horas.
- CAÍN. —Y las abejas harían la miel más dulce del mercado. ¿Por qué no lo acepta? Tenía que preguntarle. Le dije: Déme una razón por la cual no lo acepta y me voy satisfecho. No respondió. Es demasiado orgulloso para responder. No hizo más que tronar.
- EVA. —Como siempre. ¡Qué inconsciencia! Y en un lugar donde no hay para-

- CAÍN. —¿Debo seguir aceptando los truenos como respuesta a todas las preguntas? No. Yo quiero respuestas, no truenos. Ellos lo aceptan todo, papá y Abel. El nos ha dicho cómo cultivar la tierra, cómo cuidar los animales, cómo cantarle alabanzas.
- EVA. —Cómo vestarnos, peinarnos y empolvarnos.
- CAÍN. —Cómo abrir los ojos por la mañana y cerrarlos por la noche. Y así lo aceptan, sin cambiar una coma de lo que les dicta.
- EVA. —Es que tu padre tiene miedo a perder la finca.
- CAÍN. —Miedo a los truenos, al diluvio universal... ¡a qué sé yo! Estoy envenenado, dicen. Lleno de iniquidad.
- EVA. —No les hagas caso, hablan mucha bobería.
- CAÍN. —Iniquidad. Esa es la nueva palabra que han descubierto, una palabra para señalarme. Parece que estoy condenado a llevar señales.
- EVA. —A palabras necias oídos sordos. ¡Si supieras las cosas que dijeron de mí cuando me comí la manzana! Impublicables.

LOS MANGOS DE CAÍN

- CAÍN. —Hablan mal de mí, los he oído. Comentan que me vuelvo dudoso, mañoso, rencoroso, peligroso, que no soy venturoso.
- EVA. —Ellos me parecen tan empalagosos.
- CAÍN. —Sí, una dulzura demasiado peligrosa. La oveja de Abel estaba buena, estaba gorda, al Señor le gustó su grosura, lo dijo. Bien, a mí no me importa, que la disfrute. ¿Y mis mangos? ¿No es injusto despreciar mis mangos?
- EVA. —Ay, hijo, le estás dando demasiada importancia a ese asunto de los mangos. (*Caín empieza a pasearse, sonando la quijada de burro.*) Siéntate, me pones nerviosa con ese instrumento.
- CAÍN. —Y Abel es también injusto. El no se opone y dice: si no aceptas sus mangos, tampoco puedes aceptar mi oveja. ¡Ah!, no, se calla y no dice: es injusto.
- EVA. —Es un muchacho tímido.
- CAÍN. —Se calla y se callará siempre.
- EVA. —Así lo hemos criado.
- CAÍN. —Jamás levantará la voz para protestar por una injusticia.
- EVA. —Es que no sabe de esas cosas.
- CAÍN. —Sólo sabe decir sí, sí, sí. Y si supiera inglés diría yes, yes, yes.
- EVA. —¿Qué estás pensando? (*Nerviosa.*)
- CAÍN. —Abel es injusto y sus hijos serán injustos.
- EVA. —(*Más nerviosa.*) Vamos, se enfría el arroz con pollo.
- CAÍN. —Y yo estoy aquí porque he sentido sobre mí la injusticia y tengo que oponerme a la injusticia.
- EVA. —(*No puede ocultar su inquietud.*) Los chatinos están tostaditos.
- CAÍN. —Y en este momento Abel es la injusticia.
- EVA. —(*Grita.*) Adán. (*Corre hacia el interior.*)
- CAÍN. —Seré errante y extranjero en la tierra, no importa, pero voy a demostrarles que soy capaz de hacer lo inesperado, lo que no me han dictado. (*A la serpiente.*) Devuélveme mis mangos, ya no necesito tus palabras. No me interesan las palabras. Voy a hacer algo que no me enseñaron, no me importa qué nombre le pongan. Allá ellos con las palabras, ahí tienen el diccionario.

(*Sale. Comienza a oírse el sonido de la quijada de burro con ritmo cada vez más rápido y creciente. Se oyen las voces de Adán y Eva, muy lejanas, que llaman a Abel. Un grito de Abel. Silencio. Ladridos de perros, relinchos de caballos, rugidos de leones. Adán atraviesa la escena y va hacia el diccionario; comienza a hojearlo cuando aparece Eva por el lado opuesto.*)

- EVA. —¿Qué?
- ADÁN. —Caín... (*encuentra la palabra*) ha cometido un crimen.

edmundo desnoes

ZAÑARTU, PINTOR

I

Si me topara con sólo los óleos y grabados de Zañartu, sin conocer ni jota sobre la vida del pintor, ¿qué pensaría?

Al primer golpe de vista colocaría su obra en el siglo XX; y precisando la época: después de la II Guerra Mundial. Sus abstracciones no tienen la ingenuidad de los pioneros —Kandinski, Mondrian, Malevitch—; vemos ya en sus cuadros la complejidad de la postguerra.

Haciendo un esfuerzo veo gravitar a Zañartu hacia Europa. Domina su obra el rigor intelectual de los abstraccionistas europeos —Hartung, Hayter especialmente— y una depuración del surrealismo de Miró, Matta y Masson. Su obra tiene la armonía, el equilibrio de los pintores europeos, dominados siempre por la inteligencia; a diferencia de los pintores norteamericanos, dominados por la emoción, el movimiento, la textura del cuadro. La materia en Zañartu está tratada con rigor intelectual. Más allá no puedo ir. En un catálogo leo, sin embargo, esto:

«Aguas antárticas, ventisqueros quebrados por los relámpagos del hielo... Zañartu es un pintor de la transparencia, del fuego frío que desciende por las vértebras de Chile hacia la corona del Sur. Las estrellas heladas del cielo marino, los cristales infinitos de aquellas latitudes, el espacio atravesado por rachas grises, la sangre del volcán desencadenado...»

«Somos hijos de una tierra iracunda.»

«De Chile trajo Zañartu esa luz austral que embellece su pintura como una alhaja polar. Muchas veces cerca de Puertó Natales, en la Patagonia chilena, vi escrita en pleno cielo o trazada entre las hierbas y el agua de aquellas regiones, la naturaleza de Zañartu; nudos de luna y humo, conflictos del viento, grietas del suelo resplandeciente. Todo este paisaje se hace claridad en las manos de Zañartu, y su apasionado corazón eleva en un purísimo equilibrio la estructura de una múltiple rosa.»

Las palabras, naturalmente, son de Pablo, Pablo Neruda. Yo nunca he navegado «aguas antárticas» ni he visto «esa luz austral». Si estas imágenes estuvieran en mi memoria, y supiera que Zañartu es chileno, probablemente hubiera hecho la asociación. Pero no la considero una asociación inevitable. No es como en la pintura de Lam y Tamayo, donde la inspiración americana (el Caribe y México) es una presencia inevitable. Los cuadros de Zañartu los podría haber pintado fácilmente un